

La revista republicana Time (que tiene una edición expurgada para Latinoamérica), al final del episodio, afirmaba: "La ferocidad de su ataque sobre el acero hizo odiar y enfurecer a muchos de los hombres de negocios, que habían llegado a pensar que John Kennedy, después de todo, no era hostil a la libre empresa".

Y los reporteros de Time definieron a la perfección el nuevo espíritu que había en la Casa Blanca, al reflexionar: "El demostró, de un modo imposible de olvidar, que cualquier organización, grupo o persona que lo contradiga puede atraer sobre sí el abrumador poder del Gobierno Federal".

Lejos estaban los tiempos en que un embajador en Alemania demostraba que entre "los 64 que gobiernan Estados Unidos, no está el presidente Herbert Hoover, porque él no toma parte en los actos concretos de gobierno". Y lejos también, a pesar de la cercanía del tiempo, el héroe de la guerra que recibía órdenes desde el número 30 de la Rockefeller Square, sede del gigante de la maffia y del imperio del petróleo.

Fue bueno mientras duró... duró 18 meses y 7 días... perdió Kennedy el 22 de noviembre de 1963... al ser fusilado... Si no... era seguro que ganaba Kennedy, y perdía la maffia. Con cuatro años más de gobierno...

kennedy presidente

¿Cómo perdió el grupo el control del gobierno de Estados Unidos en 1960, al ser elegido John Fitzgerald Kennedy? Hubo dos razones. La extraordinaria habilidad política de Kennedy y la circunstancia histórica imponderable, inexplicable, a la manera de la defensa irracional y heroica de Stalingrado... la batalla de Verdun... el poder que tuvo durante cuatro años un saltimbanqui como el senador Joseph McCarthy... o la supervivencia de la revolución bolchevique en 1918...

¿Cómo podía ser traidor al negocio un hijo de millonario, de multimillonario, que a los 21 años tenía de regalo un millón de dólares? Eso, tal vez, suavizó el camino hacia la Ca-

sa Blanca de John Kennedy, porque sus discursos... bueno, "ellos" saben que muchos políticos de su país hablan y hacen cosas enteramente distintas.

La lucha por la nominación en la Convención Nacional del Partido Demócrata, en el alba de 1960, fue terrible. Al final, en el campo de batalla sólo había dos contrincantes: John Fitzgerald Kennedy por los "liberales", y Lyndon Baynes Johnson, por los "conservadores". Los candidatos se dijeron de todo. Johnson habló del "niño bonito de Boston", del "vago hijo de millonario" y del "Dios que quiere hacernos el favor de venir a contarnos cómo tenemos que manejar este partido y este país". John Kennedy, fue más cáustico. Habló así:

—Nuestro hombre del petróleo quiere emporcarnos a todos la cara... pero desde la Casa Blanca.

El ayudante político de Johnson en la Convención de 1960 (y socio político desde siempre), era el texano John Connally. Antes de la última votación, llamó a reunión a los convencionales sureños, y les dijo: "Tenemos que ganar la nominación de Johnson, porque si no, estaremos colocando un cadáver en la Casa Blanca. John Kennedy está aquejado de una enfermedad mortal, que lo puede liquidar en cualquier instante".

Esta técnica política del texano Connally asqueó a muchos convencionales, y Kennedy ganó la nominación.

Al día siguiente de la nominación de Kennedy por la Convención, éste almorzó con Adlai Stevenson, su consejero en los grandes problemas. Kennedy le planteó su dilema abruptamente: "He escogido a Lyndon Johnson como mi co-candidato". Stevenson quiso disuadirlo: "Pero, ¿si tú sabes que es incondicional de los petroleros!"

Kennedy estableció su juego político: "Adlai, he hablado y hablaré como un liberal... eso, para el sur, significa ser comunista. El único modo de ganar las elecciones, es con los votos del sur... Johnson los tiene... y desde la Casa Blanca podré vigilar a Johnson". Stevenson estuvo de acuerdo. Llamaron a Bob Kennedy. La reacción de Bob Kennedy:

“¡No puedes asociarte con esa clase de políticos!”. Pero John también convenció a Bob.

Cuando Lyndon Johnson recibió la llamada telefónica de John Kennedy, éste le dijo: “senador, deme dos horas para decidir si acepto ir con usted”. Johnson llamó a su ayudante político John Connally, y éste reunió a los petroleros de Texas. John Connally explicó a Johnson y a los petroleros:

—Me parece buena la idea de que Lyndon Johnson sea vicepresidente. John Kennedy sufre del mal de Addison en estado muy avanzado... esta tuberculosis en sus riñones puede matarlo luego... Johnson quedaría automáticamente de presidente, y desde la Casa Blanca es mucho más fácil ser reelegido... figúrense, primera vez que nosotros llegaríamos a la presidencia de Estados Unidos.

Pero los petroleros, hombres prácticos, no querían confiarse de una posibilidad entre varias.

“Senador Johnson”, le dijeron, “no queremos que acepte la designación para vicepresidente. Usted nos es útil en el Senado, donde puede detener cualquier intento de legislar contra los intereses del petróleo... como lo ha hecho hasta ahora, y muy bien, cosa que le agradecemos. ¿Está claro? No queremos que acepte la designación... lo queremos en el Senado... siga ahí... y seguirá siendo senador siempre”.

Johnson replicó: “Creo que también seré útil para la industria en la vicepresidencia... podría pedir al senador Kennedy, por ejemplo, que a cambio de mi aceptación, me prometa nombrar al señor Connally en la secretaría de marina... y desde ahí podemos controlar la compra del petróleo...”.

Los petroleros siguieron negándose a la idea. Johnson aceptó de todos modos la vicepresidencia en la fórmula, y algunos industriales del petróleo se enfurecieron. Pusieron su dinero en la campaña de los republicanos Nixon y Lodge (de los Moors y Cabot, del grupo de Boston, ya conocidos nuestros). Kennedy aceptó las condiciones de Johnson, pero ese mismo día explicó a su hermano Robert, bastante alarmado por estos juegos políticos: “No te preocupes, tendré a Connally en

la secretaría de marina unos cuantos meses, después lo despidió... tú te encargarás de controlarlo”.

John Connally fue secretario de marina exactamente un año. Permaneció bajo el control diario de los hermanos Kennedy... y después fue elegido gobernador de Texas. Iba en el automóvil presidencial en Dallas... y una bala que falló darle a Kennedy, lo hirió a él.

Kennedy ganó la elección presidencial. Comenzaba su camino que lo llevaría a ser fusilado en las calles de Dallas. Estados Unidos tiene un sistema de gobierno federal que pone a la misma altura de poder al Congreso, la Corte Suprema y el Ejecutivo. En las tres ramas, la infiltración del grupo del gran dinero ha sido siempre fuerte. Y lo era, al hacerse cargo del puesto John Kennedy. Su plan general de acción, de aumentar el poder del Ejecutivo, para lograr si no el adueñamiento de las riquezas naturales de Estados Unidos (ahora en poder de “los mil de la maffia”), por lo menos el control de los que negocian con ellas a costa del pueblo yanqui y de la paz del mundo, tenía que empezar, en lenguaje militar, “camuflado”, y así fue.

Su gabinete, políticamente, no era derechista ni izquierdista, apenas en el centro. Tres gobernadores, dos hombres de negocios, dos abogados, dos funcionarios del Departamento de Estado y un parlamentario. La derecha representada por el ministro de Comercio, Luther Hodges, demócrata de North Carolina. La izquierda franca, representada por el ministro del Trabajo, el abogado Arthur Goldberg, y el de agricultura, Orville Freeman.

Pero el secreto estaba en su Ministro de Justicia. John Kennedy convenció a Bob, en una conversación de 20 minutos, en el dormitorio de John. “El Departamento de Justicia es el arma de choque del gobierno”, le dijo John, “y necesito estar yo al frente de él... pero no puedo... por eso, tienes que estar tú... yo me encargo del resto de los ministros”. Al día siguiente, Bob dijo que sí.

Para el puesto de Secretario del Tesoro, hubo tres bajas.

En la lista presentada a Kennedy, había estos nombres: Robert Lovett (ya conocido de nosotros, por ser banquero de Manhattan), Eugene Black (presidente del World Bank) y John McCloy (presidente del Consejo del Chase Manhattan Bank). Los tres fueron rechazados. Kennedy nombró en cambio a uno que no estaba en la lista; Douglas Dillon, republicano, y ex subsecretario de estado para asuntos económicos en la segunda administración de Eisenhower. Dillon es lo que entre los políticos se llama "hombre manejable" ... y esta breve historia lo demuestra:

Cuando se le propuso el nombramiento, Dillon, que era seguro secretario de estado si ganaba Nixon, fue a hablar con Dwight Eisenhower. Eisenhower le dijo: "No puede aceptar el puesto, a menos que tenga un documento firmado por Kennedy, en que éste diga que lo dejará a usted enteramente libre en la política del Tesoro". Kennedy no le dio tal documento, y Dillon aceptó de todos modos. La historia se supo, y un periodista, en Palm Beach, le preguntó a Kennedy qué había del asunto. La respuesta de Kennedy es típica: "Un Presidente no puede entrar en componendas con los miembros de su Gabinete".

Y el extraordinario ajedrez político que dirigía Kennedy, se hizo notorio el 31 de diciembre de 1960. Nombró presidente del Consejo de Técnicos Económicos (tres miembros; y verdadero planificador de la política del Departamento del Tesoro) a Walter Wolfgang Heller, profesor de Economía en la Universidad de Minnesota; de 45 años ... teórico de la planificación económica por parte del gobierno, es decir, enemigo mortal de la mafia del gran dinero. Dos puntos notables del pensamiento de Heller, eran estos:

Uno ... Los precios y los salarios serán convenientes para la nación, en la medida que destruyamos los monopolios domésticos, racionalicemos el trabajo y entremos en competencia de productos con el extranjero.

Dos ... Hay que eliminar evasiones de impuesto tan absurdas como el 27,5 por ciento de "agotamiento" concedido al petróleo y otros minerales; rebajar la cantidad que se clasifi-

ca como "ganancia de capital" ... y otros métodos legales de evadir los impuestos por los millonarios.

Ese era el hombre que manejaría a Dillon ... y aterrorizaría a la maffia.

La política exterior de Estados Unidos, es simplemente un reflejo de las presiones y contrapresiones que ocurren en el interior de los Estados Unidos, manejadas por la maffia del gran dinero. Esto, ha provocado una maraña de tratados, bases militares y conductas diversas, difícil de cambiar, siquiera en una década. Por eso, la gran planificación de Kennedy fue en el sentido nacional ... liquidar la "libre empresa irresponsable", como él la llamaba, y en seguida iniciar el camino de regreso en la política internacional. De ahí la designación de Dean Rusk como Secretario de Estado, es decir ministro de Relaciones Exteriores. Dean Rusk es presidente de la Fundación Rockefeller, Rockefeller es dueño de la Standard de Nueva Jersey ... la Standard es mayoritaria en el petróleo del Cercano Oriente y de Venezuela. Pero Rusk, como todos los ministros de Kennedy, aprendió, en los episodios de Cuba sobre todo ... que el verdadero amo se llamaba John Kennedy, con un doble poderoso: Robert Kennedy.

Sin embargo, como en todos los otros puestos que Kennedy decoró con hombres de confianza de la maffia, puso inmediatamente después hombres de sus propias ideas. Delegado ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson. Stevenson es dirigente emocional de todos los jóvenes de la generación de Kennedy, que quieren conseguir un mundo en paz a toda costa, y borrar de una vez la guerra fría. Subsecretario de Estado Chester Bowles, cuya idea internacional más "liberal", fue siempre el reconocimiento de la República Popular China.

Tal vez una señal de lo que iba a ocurrir en la administración Kennedy, es el caso de Robert McNamara, ministro de Defensa. McNamara es lo que se llama niño prodigio en el oficio de gerente. En 1945 entró a la Ford. Un día después que Kennedy era elegido presidente, en 1960, McNamara era nombrado presidente de la Ford Motor Co. Pri-

mer caso de un "extraño" a la familia Ford, para servir en tal cargo. McNamara es un republicano liberal, y así, votó por Kennedy en las elecciones, y perdió potencialmente tres millones de dólares. La cosa sucedió de este modo:

Al ser nombrado Ministro de Defensa, McNamara vendió sus 24 mil 250 acciones de la Ford, y renunció a la opción de otras 30 mil. Un abogado, que calculó que McNamara perdía tres millones de dólares al hacer esto, le dijo: "Venda las acciones a sus hijos, y así cumple con la ley y usted no pierde nada". McNamara contestó: "Yo no perdería nada... pero el país sí, potencialmente... yo quedaría atado a mis intereses en la Ford".

Cuando McNamara se hizo cargo del ministerio, un reportero, remedando la famosa afirmación del ex ministro de Eisenhower, Charles Wilson, de la General Motors, le dijo: "¿Cree usted que lo que es bueno para la Ford es bueno para el país?", Replicó McNamara: "Actuaré solamente en el interés del país".

La posición actual de McNamara, con respecto a la Ford, es así: en 1981, la compañía tendrá que darle una pensión de vejez de 16 mil dólares al año. Ahora le debe 50 mil dólares, como compensación por el mayor trabajo que tuvo como presidente.

Tres ministros serían los generales de la campaña de Kennedy contra la maffia: el de Defensa, McNamara; el del Trabajo, Goldberg; y el de Justicia, Robert Kennedy. De McNamara ya he dado algunos datos suficientes para conocerlo, de Goldberg, basta esto:

Arthur Goldberg, 52 años, hijo de rusos, criado en Chicago. Abogado, se transformó en el representante de los trabajadores, desde que estuvo a cargo de la huelga de trabajadores de diarios contra el imperio de Hearst, en 1938. Jack y Bob Kennedy conocieron a Goldberg cuando Bob investigaba a los gangsters infiltrados en los sindicatos (Hoffa y compañía). Goldberg era conocido por sus continuos esfuerzos por expulsar a los gangsters infiltrados en la AFL-CIO (Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organiza-

ciones Industriales). Cuando George Meany, de la AFL-CIO, presentó a Kennedy una lista de cinco nombres como candidatos a ministro del Trabajo, el presidente los rechazó a todos... y eligió a Goldberg.

El tercero, y en realidad primero, y al mismo nivel de Kennedy, a veces sobre Kennedy (Cuba y la lucha contra la maffia), es Robert Kennedy, que ahora tiene 38 años, y siempre un solo deseo: limpiar Estados Unidos de las maffias. La chica (los gangsters) y la grande (los monopolios).

Lo que los hombres de negocios norteamericanos no entendieron cuando llegó Kennedy al poder (y los pilló desprevenidos en el vergonzoso desastre del imperio del acero), es que Kennedy representaba una nueva generación en el poder. Lo que se llama un "turning point", de la historia. Un "punto de inflexión" de la historia. Tan importante como lo fue la batalla de Stalingrado para el mundo. Sin el "turning point" de Stalingrado, seguramente hoy el socialismo no existiría en el pie de igualdad con el capitalismo en que se haya.

Dejemos la explicación a Felix Gross, profesor de Sociología de la Universidad de Nueva York:

"Estados Unidos tiene cierta tradición de anti-intelectualismo. En los tiempos del senador McCarthy, esta ola de anti-intelectualismo ganó impulso entre algunos grupos. Existía una especie de confianza general en las habilidades y conocimientos de los hombres de negocios"... y entonces, los hombres de negocios gobernaban el país.

Pero, llegó Kennedy, y el paisaje anti-intelectual de Estados Unidos se transformó... volvamos al sociólogo Gross:

"Los Estados Unidos emplean actualmente más profesores de colegios y científicos que mineros de carbón. La clase intelectual norteamericana comienza a ejercer su influencia. Fue el presidente Kennedy quien representó no solamente a la nación, sino a las nuevas generaciones dedicadas a la educación, investigación y ocupaciones intelectuales, con valores orientados hacia amplias metas".

Estos eran los "hombres de Harvard", que acumularon contra ellos el odio de los "hombres de Wall Street", siguiendo

do las aguas de John Kennedy, que se propuso destruir el poder económico de unos pocos, para dárselo a todo el país... pero fue fusilado en Dallas, Texas.

la gran batalla

Al día siguiente de ser bautizado el S.O.B. Club y de ser destruida la intención del imperio del acero de subir los precios, y ganar mil millones de dólares a costa del gobierno, había gran llanto entre las plañideras del grupo: ... los más grandes diarios de Estados Unidos.

Dijo el Wall Street Journal: "Nunca vimos nada parecido. Una de las industrias nacionales del acero anuncia que tratará de hacer más dinero con su producto... y de inmediato el infierno se desencadena. El señor Kennedy tuvo su victoria. El Presidente se encargó de decir que todo el pueblo de Estados Unidos debería estar agradecido. Alrededor de él había alegría desbordante, ante esta prueba positiva de cómo el puro poder político, usado con crueldad, puede destrozarse a cualquier ciudadano privado que se ponga en su camino. Si no hubiéramos visto esto con nuestros propios ojos, y oído con nuestras propias orejas, habríamos sido incapaces de creer que en Estados Unidos, hoy día, esto ocurriera".

El Banner, de Nashville: "Un aviso para todos los norteamericanos, de que el día de la Libre Empresa está llegando a su fin. Jruschov estuvo muy cerca de la verdad cuando dijo: "Vuestros nietos vivirán en un sistema socialista".

El Times de Los Angeles: "La conducta del señor Kennedy para con la libre empresa, es una reencarnación, en escala no soñada, del estado corporativo de Mussolini".

David Lawrence, columnista en cadena nacional de periódicos: "La conducta de Kennedy para con el acero es un trágico disparate, que está haciendo creer al público que las alzas de precios son perversas y antipatrióticas... estamos en el alba de una recesión, en cuyo final se haya un sistema cua-